

Pasión por leer

LECTURAS PARA EL VERANO



CIENCIA

DE H. G. OESTERHELD

En algún lugar de los vastos arenales de Marte hay un cristal muy pequeño y muy extraño.

Si alzas el cristal y miras a través de él, verás el hueso detrás de tu ojo, y más adentro luces que se encienden y se apagan, luces enfermas que no consiguen arder, son tus pensamientos. Si oprimes entonces el cristal en el sentido del eje medio, tus pensamientos adquirirán claridad y justeza deslumbrante, descubrirás de un golpe la clave del Universo todo, sabrás por fin contestar hasta el último por qué.

En algún lugar de Marte se halla ese cristal. Para encontrarlo hay que examinar grano por grano los inacabables arenales.

Sabemos, también, que, cuando lo encontremos y tratemos de recogerlo, el cristal se disgregará, solo nos quedará un poco de polvo entre los dedos.

Sabemos todo eso, pero lo buscamos igual.

Integra el cuento "Sondas" del libro El Eternauta y otros cuentos de ciencia ficción de la serie Oesterheld de Ediciones Colihue. H.G. Oesterheld es un autor argentino nacido en 1919 y que fue secuestrado y desaparecido por la dictadura militar en 1977.

ASUNCIÓN DE TI DE MARIO BENEDETTI

I

Quién hubiera creído que se hallaba sola en el aire, oculta, tu mirada.

Quién hubiera creído esa terrible ocasión de nacer puesta al alcance de mi suerte y mis ojos, y que tú y yo iríamos, despojados de todo bien, de todo mal, de todo, a aherrajarnos en el mismo silencio, a inclinarnos sobre la misma fuente para vernos y vernos mutuamente espiados en el fondo, temblando desde el agua, descubriendo, pretendiendo alcanzar quién eras tú detrás de esa cortina, quién era yo detrás de mí.

Y todavía no hemos visto nada. Espero que alguien venga, inexorable, siempre temo y espero, y acabe por nombrarnos en un signo, por situarnos en alguna estación por dejarnos allí, como dos gritos de asombro.

Pero nunca será. Tú no eres ésa, yo no soy ése, ésos, los que fuimos antes de ser nosotros.

Eras sí pero ahora sueñas un poco a mí.

Era sí pero ahora vengo un poco de ti.

No demasiado, solamente un toque, acaso un leve rasgo familiar, pero que fuerce a todos a abarcarnos a tí y a mí cuando nos piensen solos.

Inventario 1. Editorial Sudamericana

MAGIA DE ALEJANDRO DOLINA

Hsu Tang y Chao Ping tenían el poder de obrar prodigios. Una mañana se encontraron a orillas de un arroyo, en la región de Mingchong.

En el primer recodo de la conversación, Hsu Tang enfatizó un pensamiento ordenando al arroyo que dejara de fluir.

El agua se detuvo inmediatamente. Chao Ping le retrucó entonces disponiendo el inmediato florecimiento de un sauce. El árbol se apresuró a cumplir. Los dos magos se entusiasmaron con aquél contrapunto y entre risas y vino siguieron demostrando su poder durante todo el día.

Al llegar la noche, la región de Mingchong se había transformado enteramente. Los lugareños no reconocieron su propia tierra y pensaron que alguna fuerza mágica los había alejado de ella. Inmediatamente, emigraron en busca de su hogar. Sólo algunos, deseosos de experiencias nuevas, permanecieron allí.

El maestro Wu Chang contó esta historia a sus alumnos. Al terminar el relato, les preguntó si habían entendido algo.

Uno respondió que la vida era un sueño de cambios vertiginosos y que nadie era nadie.

Otro, mientras se alejaba al galope, gritó que sólo podía regresarse hacia delante.

El más joven recitó:

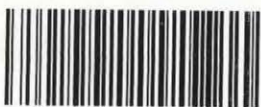
-Quien quiera volver al primer amor deberá buscarlo en otras mujeres.

Wu Chang dijo entonces:

-Me voy para siempre.- Y se sentó en silencio.

Bar del Infierno. Editorial Planeta

"Este suplemento es una invitación a la lectura a través de pequeños textos, para que leer sea cada vez más un placer compartido por toda la población, donde quiera que se encuentre. Para que todos puedan sentir la misma pasión por leer"



H 0022627

Campaña Nacional de Lectura



DIOS LO BENDIGA DE INÉS FERNÁNDEZ MORENO

"Estimado pasajero, somos siete hermanitos. Mi mamá trabaja pero no alcanza. Ayude con lo que pueda. Dios lo bendiga."

El señor D'Angeli sacó sin vacilación su cartera del bolsillo y le dio un billete al chico. Estaba en un día par. Como hombre sistemático que era, había decidido imponerse una norma que resolviera limpiamente sus problemas de conciencia. Accedía a todos los pedidos los días pares. Los días impares cerraba herméticamente su corazón y leía el diario con total indiferencia, sin preocuparse siquiera por que no se volaran los mensajes de papel que quedaban sobre sus rodillas, o sobre su *attaché*, en equilibrio inestable.

Cuando subió la señora con el bebé en brazos, plegó el diario y se dispuso a escucharla. La mujer se paró en el extremo del vagón y recitó con voz doliente: "Señores pasajeros, mi marido hace más de un año que está sin trabajo. Yo tengo al más chiquito enfermo y no puedo salir a lavar la ropa. Por favor, ayúdeme, aunque sea con una monecita, Dios se lo va a agradecer".

El señor D'Angeli sacó dos billetes de su cartera y los dobló en cuatro para dárselos a la mujer cuando pasara a su lado.

Apenas reabrió el diario en la página de deportes, empezó a oír la armónica desafinada del ciego que avanzaba bamboleante a lo largo del vagón. Cuando lo tuvo cerca, le introdujo un billete en el bolsillo y le dio un empujoncito para guiarlo nuevamente hacia el centro del pasillo.

Dos estaciones después, ya había comprado una guía completa de los colectivos de la ciudad, cinco chocolates al precio de uno y un señalador japonés destinado a ayudar a los discapacitados.

Entonces entró al vagón el matrimonio rubio con los cinco chicos. Llevaban un changuito desvencijado, un carrito de bebé, varias mochilas y algunos paquetes de papel madera atado con hilo sisal. Después de acomodarse en círculo, desplegaron entre todos un cartel que decía: "Estimados pasajeros, tengan ustedes muy buenos días. Hace un mes que estamos en la calle. Fuimos desalojados del inquilinato donde vivíamos porque van a construir allí un hotel internacional. Los dos trabajamos pero no nos alcanza para pagar un techo decente. Por favor, sea solidario. Ayúdenos".

El señor D'Angeli les alcanzó varios billetes y también una de sus tarjetas personales donde anotó el teléfono y la dirección de un abogado amigo que se especializaba en desalojos.

A pesar de que el vagón ya estaba bastante lleno, el hombre de la corbata finita, con cara de oficinista desesperado, conseguía abrirse paso entre la gente y dejar sobre sus rodillas una hoja tamaño oficio, escrita a máquina, donde podía leerse: "Señores pasajeros: gracias a Dios que tengo trabajo. Soy empleado de una repartición oficial y hago doble turno para conseguir dinero

extra. Soy casado y tengo una hijita en edad escolar. Vivimos en un modesto departamento de un ambiente que alquilamos con mucho sacrificio. Pero aunque mi mujer colabora tejiendo suéteres para afuera, el dinero no nos alcanza. Debemos seis meses de expensas. El consorcio nos amenaza. Para cubrir esta deuda es que estoy pidiendo colaboración. Le agradeceré su aporte, por mínimo que sea, con todo el corazón".

El señor D'Angeli comprobó que se había quedado con poco efectivo. Sacó entonces su chequera y extendió un cheque al portador por una suma significativa. Se lo entregó al hombre, recomendándole que lo cobrara sólo cuarenta y ocho horas más tarde.

Pocos minutos después, el hombre que viajaba a su lado y en el que había notado crecientes síntomas de nerviosismo durante todo el trayecto, abrió su maletín con un profundo suspiro. Junto al estetoscopio, había un grueso fajo de recetas que empezó a repartir entre los pasajeros. Bajo el rótulo con su nombre y su número de matrícula médica, se leía: "Señores: hace treinta años que ejerzo la medicina como Dios manda, honestamente. Siempre he creído en el profundo contenido humano de la profesión médica. Es por eso que, lejos de cultivar una clientela particular, he seguido la carrera hospitalaria. Nuestra economía enferma me lleva hoy a pedirles colaboración. Es un último recurso para no verme obligado a abandonar el hospital ni los enfermos que allí atiendo. Piense que mañana, usted puede ser uno de ellos. No sea indiferente a este pedido".

El señor D'Angeli acompañó esta vez su cheque con una fuerte palmada en el hombro del abatido médico y unas palabras de apoyo:

-Vamos, hombre, coraje, las cosas siempre pueden mejorar.

Casi de inmediato, vio a la señora de gorro tejido que se sentaba dos asientos más adelante que él, levantarse y extraer una tiza de la cartera. Parada sobre el asiento, empezó a escribir un largo mensaje sobre la pared del vagón. El señor D'Angeli se puso los anteojos de leer de lejos. A la señora le habían saqueado la casa llevándole todos los electrodomésticos. El televisor color era lo de menos. La preocupaba el lavarropas. No pudo terminar de leer los motivos porque en ese momento varios pasajeros más se levantaron de sus asientos y empezaron a distribuir hojas, esquelas, volantes, provocando un desordenado movimiento dentro del vagón.

Sintió que le tocaban el hombro. Una mujer madura, envuelta en un tapado de zorros y en una profunda melancolía, le entregó en mano un sobre cerrado. D'Angeli sacó de su *attaché* un cortapa-peles y lo abrió con cuidado. Desplegó una hoja de grano fino, perfumada y manuscrita con letra elegante, pero un poco temblorosa. "Estimado desconocido -decía- le parecerá sorprendente que me dirija a usted de esta manera, pero la vida nos va

llevando por caminos insospechados. Mi marido es un empresario próspero. En los últimos años perdió y ganó miles de dólares. Abrió y cerró fábricas. Inventó decenas de nuevos negocios. Acaba ahora de terminar el más exitoso de su vida. Nada me falta económicamente. Sin embargo, me falta todo. Él vive devorado por la especulación, los insomnios, el estrés. Se ha transformado en un extraño para mí. He probado todos los medios: la meditación trascendental, el psicoanálisis, el tarot, la gimnasia china... pero la soledad sólo se cura con la presencia de otro ser. Necesito alguien que me escuche, que me mire, que me ame. Tal vez usted puede ayudarme."

El señor D'Angeli se levantó de su asiento y atravesó la multitud, que ahora se desplazaba en todas direcciones, hasta encontrar a la mujer del tapado de piel, hundida en un asiento, en el otro extremo del vagón. Se sentó junto a ella y le tomó la mano con dulzura. Le sacó el tapado y la abrazó. Después la sentó sobre sus rodillas y la meció como a un chico. Vio por la ventanilla que sólo le faltaba una estación para bajarse. Redobló sus caricias. Le besó las manos, los ojos, el pelo, las mejillas. Después se separó de ella con suavidad, volvió a ponerle el tapado y se levantó con decisión para alcanzar a tiempo la puerta de salida. Cuando estaba casi llegando, tropezó con un hombre alto y desharrapado que lo tomó con fuerza de las solapas. Lo miró con ojos borrosos y empezó a balbucear en voz baja un pedido incomprensible. Después se inclinó sobre su oído y repitió jadeando su mensaje. El señor D'Angeli tuvo un instante de pánico. Sin embargo, se sobrepuso casi de inmediato. El trato con su conciencia había sido muy claro: sólo los días pares y en el trayecto que iba desde la estación de partida hasta la estación de llegada. Con un pie casi sobre el andén podía considerar técnicamente, que había llegado. De todas maneras, empujado por la presión de la gente, el señor D'Angeli fue despedido hacia la plataforma. Las puertas del vagón se cerraron tras él y el hombre desharrapado se quedó gesticulando del otro lado del vidrio.

El señor D'Angeli se pasó la mano por el pelo desordenado, se ajustó la corbata y pensó que, gracias a Dios, el día siguiente sería un día impar.

En Hombres como médanos
de Editorial Alfaguara



Desafío mortal de Gustavo Roldán

- ¡Claro que voy a pelear!
- No, don piojo, usted no puede pelear con el puma.
- ¿Qué no puedo? ¿Por qué no puedo?
- Es una pelea desapareja.
- Igual voy a pelear. Y ya mismo.

El piojo y el puma se enfrentaron. Los ojos de los dos echaban chispas, dispuestos para una pelea a muerte.

Los demás animales los rodeaban en silencio. Ya habían intentado todas las formas de pararlos, pero no había caso.

El puma mostró los dientes. Todos los dientes. Y los animales dieron un largo paso para atrás.

El puma rugió y largó un zarpazo que hizo volar al piojo y lo estrelló contra un quebracho. El piojo se enderezó y atropelló. Otro zarpazo del puma y el piojo quedó colgado en los más alto de un algarrobo.

- ¡Bueno, basta! -dijo el sapo-. ¡Ya está bien!

- ¡Nada de basta! -gritó el piojo bajando a los saltos de rama en rama-. ¡Nada de basta!

Y saltó desde el árbol a la oreja del puma y se prendió como garra-pata, dispuesto a chuparle hasta la última gota de sangre.

El puma rugió y se pegó un tremendo manotazo en la oreja para aplastar ahí mismo al piojo. Pero el piojo ya no estaba. Había saltado a la otra oreja y lo mordía desesperadamente. Otro manotazo del puma y el piojo casi aprende a volar.

- ¿Y si terminamos la pelea? -dijo el elefante dando un paso adelante.

- ¡Atrás todos! -gritó el piojo-. ¡Nada de terminar la pelea! - Y atropelló dando manotazos al aire.

El puma retrocedió sorprendido. No había pensado que ese bichito pudiera pelear con tanta furia.

Había querido divertirse un poco, pero jamás se le ocurrió que el piojo fuera capaz de llevar las cosas tan lejos.

- ¡vamos, peleel-gritó el piojo atropellando.

Otro manotazo del puma y el piojo fue a caer arriba del elefante, ahí rebotó y cayó sobre el lomo del tapir.

- ¡Lo va a matar! -dijo el oso hormiguero.

- ¡Lo va a destrozar con sus garras! -dijo el coatí.

- ¡Lo va a morder con esos enormes colmillos! -dijo la iguana.

- ¡No podemos dejar que sigan! -dijo el sapo.

- ¡Tenemos que hacer algo! -dijo el quirquincho.

- ¡Por favor, don elefante, usted puede pararlos, haga algo - pidió la



cotorrita verde.

- Bueno bueno -dijo el elefante poniéndose en medio del piojo y el puma-. ¡Se acabó la pelea!

El puma dio un paso para atrás y dijo:

- Por mi, la terminamos. Y les cuento que fue la mejor pelea que tuve en mi vida. Lo felicito, don piojo, estuve mal y pido disculpas.

- Acepto sus disculpas, y también acepto que me estaba ganando. Debo admitir que usted es más fuerte que yo.

Los animales hablaron todos juntos y se preguntaron muchas cosas. En especial se preguntaron por qué había comenzado esa pelea tan feroz. Pero ninguno sabía.

Después se fueron, cada cual por su lado. El elefante, el coatí, el sapo y el piojo se quedaron charlando.

- Don piojo -preguntó el sapo-, ¿por qué comenzó todo este lío? ¿se da cuenta en lo que se metió?

- Fue demasiado peligroso -dijo el coatí-. El puma es un animal feroz. Me hizo temblar todo el tiempo.

- No se preocupe amigo, coatí, yo temblaba más todavía -dijo el piojo.

- ¿Por qué pelearon? -preguntó el elefante.

- Porque casi me pisa. Pasó sin mirar y casi me pisa. Y cuando yo grité me mostró todos esos dientes que tiene y encima me insultó y me pisó la sombra.

- ¡Lo insultó! -dijo el sapo-. ¡Le pisó la sombra! ¿Qué le dijo?

- En realidad nada. Pero me miró como si me insultara. Y movió la pata y casi me pisa otra vez. Y de nuevo me pisó la sombra. Entonces me enojé y lo desafié a pelear.

- Pero, don piojo -dijo el elefante-, un piojo no puede pelear con un puma.

- Ya sé que no, pero las cosas tienen sus límites. Y creo que se estaba pasando de la raya. ¿Sabe, don elefante?, a veces los bichos chicos tenemos que defender a muerte la dignidad. Si no resistimos, si no defendemos la dignidad, entonces sí que estamos listos. Y un buen piojo no puede permitir que nadie le pise la sombra.

El elefante y el sapo se miraron y dieron un paso para atrás con todo disimulo. No vaya a ser que por ahí, sin darse cuenta, pusieran la pata encima de la sombra del piojo.



Zapatos

de Mempo Giardinelli

Mamá está furiosa con papá porque a papá no le gustan los zapatos que ella usa, y dice que lo que él le hizo hoy es algo que no le piensa perdonar mientras viva ni después de muerta.

Cualquiera podría acordar con papá en que lo que hizo es una pavada, pero entre ellos el episodio devino en una cuestión capital, definitiva, porque el rencor de mamá es de jíbaro, como dice Tía Etelvina cuando la ve así, porque dice (Tía Etelvina) que mamá, enojada, sólo tiene camino de ida y se pone de tal manera que no perdona ni deja perdonar.

Mamá tiene pies muy lindos, preciosos y parejitos, sin callos y con los dedos como repulgue de empanaditas, y en eso todo el mundo está de acuerdo. Por eso mismo, dice papá, es un crimen que use zapatos tan feos. Yo no sé qué te da por ponerte esos zapatos horribles, grandes, cerrados y que además hacen ruido, dice papá. Y encima, inexplicablemente, producen un crujidito horrible al caminar pero que no se puede ni mencionar porque vos jamás aceptás una crítica. Lo que pasa es que tus críticas jamás son constructivas, dice mamá. Lo que pasa que te ponés hecha una fiera, dice papá. Y al cabo mamá le grita que en todo caso es un defecto de nacimiento y mejor que no te metás con mis defectos, estoy harta de que me critiques, harta de que me juzgues, y harta de esta vida que llevamos porque yo me merezco otra cosa (que es lo que mamá dice siempre). Y como no hay manera de pararla papá se calla la boca y ella sigue diciendo todo lo demás que es capaz de decir, que es muchísimo y es feroz.



A mamá no se le puede pedir discreción en nada. Y tampoco tiene un gran sentido del humor que digamos. Cuando eran más jóvenes, él le sugería que usara zapatillas; total, bromeaba, yo te voy a querer igual. Pero ella, en todo su derecho, se compraba los zapatos que le gustaban y usaba los que quería, y siempre protestando que yo no sé por qué los hombres tienen esa manía de pretender dirigir la vestimenta de las mujeres.

Guaranga como es ella, vehemente y fulminadora con la mirada, ni en chiste se le puede hablar de lo que no le gusta. Eso ya lo sabemos. Por eso lo que hizo papá este sábado a la tarde, aunque suene una pavada, fue demasiado: no había nadie de la familia en la casa, y él aprovechó para juntar todos los zapatos de mamá, como diez o doce pares, viejos y nuevos, y los metió en una bolsa y llamo a Juanita, que es la muchacha que trabaja en la casa ayudando en las tareas y le dijo tome Juanita, me ordenó la señora que se los regale.

Y le entregó la bolsa con todos los zapatos, que Juanita, chocha, se llevó a su casa.

Por supuesto, y como era de esperar, mamá se dió cuenta esa misma noche, en cuanto llegó y se quitó las botas que llevaba puestas y buscó las sandalias de entrecasa. Descubrió el ropero vacío y fue todo uno gritar desde el dormitorio ¡Titino, qué hiciste con mis zapatos!, y salir a torearlo.

Papá estaba de lo más divertido y le dijo la verdad: se los regalé a Juanita. Lo que en el acto desató en mamá una verborrea de lo peor: lo trató de bruto y meterete, de comunista y nazi antisemita, de energúmeno y discriminatorio, y se fue a contarle a todo el mundo, empezando por la abuela y Tía Etelvina, que este hombre cuando está aburrido es un peligro, por qué no se meterá sólo en lo suyo y ahora va a ver cuánto le va a salir la cuenta de la zapatería.

A mí hay dos cosas que me revientan de ellos: la incapacidad de mamá de aceptar los cometarios ajenos y la manía de querer cambiar a la gente que tiene papá.

Pero es inútil, con ellos. Tía Etelvina dice que a gente así lo mejor es ignorarla. Y yo creo que tiene razón. Pero cuando son los papás de uno no se puede.

Editorial Alfaguara, Buenos Aires 2004.

Trabalengua

"Un premio propuso Narciso a Rosa Rizo si aprendía a rezar en ruso. Y hoy, aunque un tanto confuso reza en ruso Rosa Rizo".

Adivinanza

"Por verlo
¡Qué no daría!
en una zapatería,
haciendo mil firuletes
con sus cincuenta paquetes"
(El tiempo)

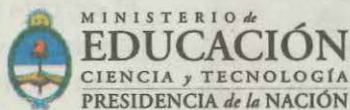
Adivinanza

"Lleva capa verde
y camisa blanca
con muchos botones
que alguien le arranca"
(El chocio)

Recopilación de adivinanzas y trabalenguas de Carlos Silveyra
Ilustraciones de Rocío Arozarena



Pasión por leer



Campana Nacional de Lectura

Acompaña

Fundación

Noble

Grupo Clarín